

V

Han pasado tres siglos, es de noche,
En las angostas y desiertas calles
Del pueblo de Dolores ni un transeunte
Deja escuchar el ruido de sus pasos;
Todo reposa en brazos del silencio;
Todo yace en el seno de la sombra.

Del fondo negro y lóbrego que deja
La hoja de una puerta que se abre
Sale un hombre, luego otro y hasta quince
Embozados en sendas capas negras.

Con paso recatado se dirigen
A la cárcel del pueblo, no distante,
Rompen los duros grillos de los presos,
Y con un grupo ya de ochenta hombres
Sorprenden tantas casas como eran
Las de españoles que en el pueblo había,
Y ponen a sus dueños en la cárcel
En donde estaban presos los primeros.

Nace la aurora, suena la campana,
Atrae a la parroquia gran concurso;
Y en lugar de al altar, el viejo cura
Sube a la tapia que circunda el atrio,
Y al pueblo que le escucha sorprendido
En lugar del sermón lanza esta arenga.

“Hace tres siglos que gimiendo vives
Bajo el yugo de un gobierno extraño,
Y pagas injustísimo tributo,
A un rey que no conoces, ni amar puedes,

Porque ha invadido el suelo de tu patria
Y el mando y la riqueza te ha usurpado.
Sacude este marasmo, que te enerva,
Yo soy la libertad, yo te prometo,
Si mis esfuerzos con valor secundas,
Hacerte independiente y poderoso”.

Y la voz del anciano sacerdote
Despertó el patriotismo en los esclavos
Del poder colonial; y como el agua,
Primero manantial, más tarde arroyo,
Y al final impetuosísimo torrente,
La insurrección en unos cuantos días
Se convirtió en torrente desbordado.

El cura acaudillando miles de hombres
A Guanajuato llega, pone sitio
Al Intendente Riaño en Granaditas,
Asalta el edificio, y la matanza
De españoles fué tal, que ni uno sólo
Escapó de las armas insurgentes.

¿Hay quién diga que es crimen horroroso
Matar sin compasión a los vencidos?
Yo contesto que sí, que es un gran crimen,
Pero es crimen del tiempo y no de México.
Y si la historia a Hernán Cortés disculpa
Con la idea que en su época reinaba,
Tiene Hidalgo disculpa más honrosa:
Cortés esclavizaba a un pueblo libre,
Hidalgo libertaba a un pueblo esclavo.

VI

La historia casi siempre es muy injusta:
Escrita al fin por hombres que no somos
Otra cosa que un saco de pasiones;
Mas la póstuma gloria es infalible:

¿El 21 de Abril qué fiesta se hizo,
 Cuál el 13 de Agosto, dónde y cuándo?
 Mientras el día de hoy en toda América
 Se celebra con júbilo y con pompa,
 Y el día 12 de Octubre venidero
 Va a declararse en huelga todo el orbe.

VII

Ya se acabó el derecho de conquista,
 Y empiezan las conquistas del derecho;
 Ya feneció la ciencia de la fuerza,
 Vive sólo la fuerza de la ciencia.
 Perdón y olvido a los pasados siglos,
 Que al fin lo que pasó no vuelve nunca;
 Perdón para Cortés que sólo vive
 En las páginas negras de la historia:
 ¡Loor eterno a la ciencia y al derecho!
 ¡Gloria eterna a Colón y Gloria a Hidalgo!

VERDAD

I

Verdad es lo que es, es lo que existe,
 Y no hay poder humano ni divino
 Capaz de ejecutar al desatino
 De obligar á no ser á la verdad.

¡Quién puede hacer que la tiniebla
 (alumbre?)
 Que el sonido en la atmósfera no vibre?
 Dios hizo al hombre inteligente y libre,
 Y tiene inteligencia y libertad.

Y si el hombre insensato y orgulloso
 Pretende hacer su esclavo al hombre mismo,
 Sólo consigue abrir el hondo abismo
 En que el esclavo arrojará al señor;

Pero ¡ay! de aquel que por la vez primera
 Consigne esta verdad ante el tirano:
 Del verdugo caerá bajo la mano,
 Expiando— en el cadalso su valor.

I Leída en la Plaza de Hidalgo el 16 de Septiembre de
 1893.

II.

La bella Anáhuac poderosa, libre,
Rica, feliz, activa y laboriosa
Ostentaba sus galas como rosa
Abierta al rayo de naciente sol;

Pero un día la sórdida avaricia
De hidaluelos de capa desgarrada
La arrojó moribunda y maniatada
A los pies del autócrata español.

Como bandada de aves de rapiña
Cayeron en sus campos cultivados,
A sus pueblos dejaron asolados,
Y sus palacios derribó el cañón:

Al chocar con el Dios de los católicos
El Dios de los aztecas se hizo trizas,
Y al pueblo mexicano hizo cenizas,
La hoguera de la Santa Inquisición.

Era Mixitli un dios tremendo y bárbaro
Insaciable de humano sacrificio:
¡Cuán diferente el dios del Santo Oficio
Convirtiendo á los hombres en carbón!

¡El ofrecer al ídolo en el ara
Entrañas de enemigos arrancadas
Era barbarie, dárselas quemadas
Era progreso, civilización!

Tener por rey al necio Moctezuma
Que calzaba sus pies con Catcli de oro,
O á Cuauhtémoc que en vez de su tesoro
Dar prefirió las plantas de sus pies

Era salvaje: ¡quién robó los catcli
Y achicharró los pies con mano impía
Era ilustrado. ¡Anáhuac requería
Ser conquistada por Hernán Cortés!

¡Ah! qué tiempos aquellos! Registrando
El libro ensangrentado de su historia
Parece que se quema la memoria,
Y se siente sangrar el corazón.

Y duraron tres siglos nada menos,
Tres centurias de horrible desventura,
De esclavitud, tristeza y amargura;
Tres siglos de miseria y abyección.

III.

Cierto día un soldado de la Francia
Pretendió dominar la Europa entera,
Y en España clavó su audaz bandera
Como lo hiciera en México Cortés.

¡Decretos de destino! á Cuauhtemoczín
De su trono arrojó un aventurero,
Y tres siglos después el trono ibero
Robó á Fernando un oficial francés.

El león de Castilla dió un rugido
Al verse abandonado por su dueño,
Y con noble actitud y torvo ceño
Sus garras aprestó para la lid.

Miró al soslayo la francesa hueste,
Y sobre ella cayendo como el rayo,
Un memorable dos del mes de Mayo
Regó con sangre el suelo de Madrid.

Mientras el bravo ibero sublevado
Tomaba del francés justa venganza,
Una barca llamada "La Esperanza"
Surcaba los desiertos de la mar;

Trayendo á Veracruz la fausta nueva
De que la noble España se batía,
Y muy pronto tal vez conseguiría
Volver su independencia á conquistar.

¿El nombre de la barca era profético,
O del acaso coincidencia extraña?
¿Auguraba esperanza para España
Y también para México quizá?

Yo no lo sé; pero al saberse en México
Que el pueblo allá á su patria defendía
Se comprendió que el pueblo debería
Defender á su patria por acá.

Y cosa inexplicable: ¡aberraciones
Del corazón y del cerebro humanos!
Lo que crimen atroz en mexicanos,
En españoles era una virtud.

Fuera infame sufrir el yugo galo
De la tierra española en el recinto:
El suelo mexicano era distinto,
Debía bendecir su esclavitud.

IV.

Tal de las dos Españas se encontraba
La situación que mi pincel bosqueja:
Era la nueva esclava de la vieja;
Pero en la vieja España no había rey.

Y el virrey de la nueva en tal aprieto,
¿Qué haremos? á la audiencia le pregunta
En una grande y agitada junta.
Que en su palacio convocó el Virrey.

Se peroró, se discutió muchísimo;
Los oidores, fiscales, regidores,
Arzobispo y demás inquisidores
Gritaron sin llegarse a comprender;

Y en medio á la confusa algarabía
Sólo una voz se levantó calmada,
Razonable, serena, reposada,
Que hiciera á la Asamblea enmudecer.

Era la voz de la verdad, salida
De un pecho criollo con viril acento,
Era la voz de un hombre con talento
Que hasta el nombre tenía de Verdad.

Dijo muchas verdades, habló mucho
Del amor que á su patria le tenía,
Habló de popular soberanía,
Habló de independencia y libertad.

Aquella voz produjo el choque eléctrico,
Cuya chispa después brotó en Dolores,
Y fué más tarde hoguera de fulgores
Gloriosos que alumbró todo el país.

¡Ah, pero no hay verdad de ningún género
Que al enunciarse por la vez primera
No haya matado á aquel que la dijera,
Ni dejado de hallar un cruel mentís.

La chusma de alguaciles y de frailes
Puso el grito en el cielo, declamando
Que aquel hereje estaba blasfemando,
Y nada en realidad se resolvió.

La Audiencia y el Virrey no eran amigos,
El Santo Oficio y el Cabildo menos,
Y estando todos al acuerdo ajenos,
El Virrey la Asamblea disolvió.

V.

La gran ciudad dormía: por las calles,
En la tiniebla de la noche ocultos,
Se deslizaban recatados bultos
Que tragaba la boca de un portal:

Los buenos habitantes se encontraban
En los amantes brazos del reposo
Y en medio del silencio majestuoso
Dió las doce el reloj de Catedral.

Como volcán que de repente arroja
Piedras y lava de su cráter frío,
El portal, tan callado y tan sombrío,
A centenaes hombres abortó.

Un pelotón desordenado, informe,
Como avalancha recorrió el espacio
Que aún el portal separa del palacio,
Y en un instante todo lo invadió.

Prendió al Virrey que en su dorado lecho
Descansaba tranquilo y descuidado;
Y al otro día México admirado
Vino á saber que no tenía Virrey.

¡Qué bien estaba gobernado el pueblo!
¡Qué Gobierno tan sabio y tan sensato!
Sin su virrey estaba el virreinato,
Allá en Europa el reino sin su rey.

Y en el fondo de oscuro calabozo,
De un grueso clavo en la pared hundido,
Hallábase un cadáver suspendido
Con una cuerda á guisa de dogal.

Era el cadáver de Verdad, ahorcado
Por los odores clandestinamente: I

¡Así murió el primer independiente,
El primer mexicano liberal!

I Cuando en virtud de las leyes de reforma el Palacio del Arzobispado pasó al dominio de la nación; de la parte del edificio que correspondía á las cárceles se hicieron casas particulares, una de las cuales es la que hoy habita como de su propiedad uno de nuestros más distinguidos abogados, Don Joaquín María Alcalde,

El comedor de esta casa fué el calabozo en que murió Verdad, y cuando por primera vez se abrió al público YO VI en uno de los muros el agujero de un gran clavo, y al derredor de él un letrero que decía poco más ó menos;

ESTE ES EL AGUJERO DEL CLAVO EN QUE FUE AHORCADO EL LIC. VERDAD.

Y todavía en ese mismo muro se descubrían las señales que hizo con los pies y con las uñas de las manos el desgraciado mártir que luchaba con las ansias de la agonía.

Allí pasó en medio de la oscuridad una escena horriblemente misteriosa, el crimen se perpetró entre las sombras y el silencio. Los verdugos callaron el secreto, Dios hizo que el tiempo viniera á descubrirle — VICENTE RIVA PALACIO — "El libro Rojo." Pág. 88.

Corría el año de ochocientos ocho
 Cuando suceso tal acontecía,
 Y fué precisamente en este día
 Cuando estalló el motín en la ciudad:

Dos años antes de que el Padre Hidalgo
 En el glorioso pueblo de Dolores,
 De la aurora á los pálidos albores,
 Diera el grito inmortal de libertad.

VI.

¡Oh! pueblo mexicano que hoy recuerdas
 De nuestra patria la más pura gloria,
 Conságrale un recuerdo á la memoria
 Del protomártir de tu libertad.

Don Francisco Verdad era su nombre,
 Y dió por sostenerla la existencia;
 Dió el primero la voz de independencía:
 ¡Fué el primero que dijo la verdad!

SANGRE

Poema histórico

A mi buen amigo y compañero el

SR. PEDRO TREVIÑO

I.

Tengo yo aquí, del Bravo en un ribazo,
 Por corpulentos árboles circuida
 Y entre verdes ramas escondida,
 Una choza elevada por mi brazo.

Bajo su techo en cariñoso abrazo
 Mi mujer, á mis hijos siempre unida,
 Ve deslizar las horas de la vida
 Atada á mí por amoroso lazo.

Aquí me dió la ciencia su bautismo,
 Aquí la tumba está de mis mayores,
 Aquí deseo sucumbir yo mismo.

I Recitado en la fiesta patriótica del 16 de Septiembre
 de 1901.

Al peso de los años destructores:
En mi, lo que se llama patriotismo,
Es el amor de todos mis amores.

II.

Y hubo un tiempo en que tú, bendita
(tierra
Donde Natura pródiga ha regado
Sus más ricos tesoros, y ha bordado
Con flores desde el llano hasta la sierra,

México hermosa cuyo suelo encierra
Ese metal tan vil como deseado,
Por causa suya viste desgarrado
Tu seno virgen por infame guerra.

Una reunión de aventureros, mixta
De frailes y soldados que con suerte
Avanza sin que nada la resista,

A tus reyes engaña y les da muerte,
Y proclama derecho de conquista
Este execrable abuso del más fuerte.

III.

Era México un pueblo valeroso
Por excelencia, denodado y fiero.
Y de toda la América el primero
Por lo rico, ilustrado y laborioso.

Pero sencillo, ingenuo y generoso,
No puedo comprender el lazo artero
Que le tendiera el codicioso ibero
Para adueñarse de su suelo hermoso.

Todo quedó á merced del castellano:
Hizo rodar al polvo las cabezas
Que se negaron á besar su mano,

Botín de guerra todas las riquezas
Y un esclavo de cada mexicano;
¡Así se acaban todas las grandezas!

IV.

Del tiempo la impertérrita guadaña
Del Anáhuac cambió la faz entera,
Y ni su nombre le quedó siquiera,
Porque vino a llamarse Nueva España.

En el templo, el palacio ó la cabaña,
No quedó nada de lo que antes fuera;
Leyes de otra nación, lengua extranjera,
Nuevas costumbres, religión extraña.

Sustituyó al Teocalli pavoroso
La altiva catedral, que á ser vendría
Un foco de placer libinidoso

Oculto tras la imagen de María,
Y al terrible Mexitli, el dios monstruoso,
Otro dios más monstruoso todavía.

V.

Pero si el tiempo á los abismos lleva
Convertidas en polvo las naciones,
Del polvo de sus mil generaciones
Otra joven y enérgica se eleva;

Y si el polvo se funde y se renueva,
También los sentimientos y pasiones
Que animaron los muertos corazones
Hacen latir los de la raza nueva.

Ley protectora del progreso humano
El amor, de la vida eterna fuente,
Con la india ligó al soldado hispano,

Y surgió de la mezcla incongruente
De la indomable esclava y el tirano
Una raza con sangre independiente.

VI.

Resignada á sufrir sus duras penas
Fué esclava por tres siglos, más un día
Recordó derrepente que corría
De Cuauhtémoc la sangre por sus venas.

Abandona sus improbas faenas,
Y con la misma azada que le había
Forzado á manejar la tiranía
Despedazó de un golpe sus cadenas.

Y á desafiar la furia del coloso
Dominator del suelo americano
La llevaron, en grupo tumultuoso,

Con un atrevimiento sobrehumano
De una dama el esfuerzo generoso
Y el valor inaudito de un anciano.

VII.

Pero ¡Ay! esa ley generadora,
Inviolable y fatal del adelanto,
Nunca se trueca en poderoso encanto
Que a los pueblos transforme en una hora:

La libertad es planta bienhechora,
Pero se ha de regar con sangre y llanto
Para hacerla brotar, y tanto, tanto,
Como riega sus lágrimas la aurora.

En el combate asolador y cruento
Buscaban de la patria envilecida
La vida y libertad con noble intento:

Y ella perdió la libertad, sumida
En la lóbrega celda de un convento,
Y él perdió en el patíbulo la vida.

VIII.

Pero la lucha estaba ya empeñada:
La sangre pide sangre, y a torrentes
La vertieron realistas e insurgentes
En la tarde, en la noche, en la alborada.

Del gran Morelos la incansable espada
Nunca lanzó destellos refulgentes,
Porque sus golpes eran tan frecuentes
que siempre en sangre se encontró manchada,

Y enmedio del fragor de la pelea,
Que se oye como hirviente catarata,
Su brazo hierde y su cerebro crea:

El gobierno y la ley funda y acata,
Y en holocausto al triunfo de la idea
Se entrega al enemigo que lo mata.